



Reflexiones sobre una sensibilidad de época. La imaginación científica en la literatura y el periodismo (1896-1910)

Soledad Quereilhac¹

UBA – CONICET
solquerei@gmail.com.ar

Resumen: Durante los años de entresiglos, surgieron en el Río de la Plata las primeras fantasías científicas de la literatura, fantasías que adoptaron la forma del relato fantástico y que se dieron a conocer, inicialmente, en las páginas de diarios y revistas, acompañados en muchos casos por ilustraciones. Lejos de representar meras manifestaciones de una ocurrencia individual, estos relatos fueron la reelaboración literaria de las discusiones acerca de las ciencias y sus alcances, que incorporó tanto el registro del periodismo y de las representaciones populares para dar forma narrativa al horizonte más proyectivo que contenían esos discursos.

Un rasgo distintivo de muchos de estos relatos, firmados por E. L. Holmberg, L. Lugones y H. Quiroga, fue su coincidencia argumental con artículos periodísticos que divulgaban “casos raros” de las ciencias en *Caras y Cartas*, *La Prensa*, *La Nación*, pero también en revistas espiritualistas como *Constancia* y *Philadelphia*. Estas coincidencias no se produjeron en forma aislada, sino, por el contrario, de manera frecuente durante el pasaje de siglos. Antes que buscar la reconstrucción de una intertextualidad voluntaria, nos interesa analizar cómo dos tipos de discurso –el literario, el periodístico– arribaron a nudos imaginarios comunes, guiados ambos por una misma “estructura de sentimiento” respecto de qué era lo científico en la época.

Palabras clave: literatura fantástica – divulgación científica – espiritualismo – prensa – imaginario social

Abstract: During the years of transition between nineteenth and twentieth centuries, early scientific fantasies arose in the Río de la Plata; they adopted the form of fantastic short stories and were published, originally, in newspapers and

¹ **Soledad Quereilhac** es Doctora en Letras e Investigadora del CONICET. Es docente de “Problemas de la literatura argentina” en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Es miembro del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” donde se han radicado, también, los proyectos UBACyT que integra desde 2001, centrados en las relaciones entre literatura argentina y prensa. Es crítica literaria de *adncultura*, diario *La Nación*, y miembro del comité editor de la revista cultural *Las Ranas*. Artes, ensayo, traducción. Es autora del libro *La imaginación científica. Literatura fantástica y ciencias ocultas en el Buenos Aires de entresiglos, 1875-1910*, de próxima aparición por editorial Siglo XXI.

magazines, accompanied in many cases by illustrations. Far from represent mere manifestations of a personal occurrence, these stories were the literary reworking of discussions about science and its achievements, which incorporated both the register of journalism and of vulgarized representations.

A distinctive feature of many of these stories, signed by Argentine and Uruguayans writers like E. L. Holmberg, L. Lugones and H. Quiroga, was its plot coincidence with newspaper articles reporting curiosities and “weird cases” of sciences in *Caras y Caretas* magazine, in the newspapers *La Prensa* y *La Nación*, but also in spiritualistic magazines such as *Constancia* and *Philadelphia*. These coincidences were not produced in isolation, but, on the contrary, with regular frequency during the passage of centuries. Instead of searching a voluntary intertextuality, we want to analyze how two types of utterances -the literary, the journalistic- arrived to common imaginary perspectives, guided both by the same ‘structure of feeling’.

Key words: fantastic literature – scientific dissemination – spiritualism – press – social imaginary

Durante los años de entresiglos, surgieron en el Río de la Plata las primeras fantasías científicas de la literatura, fantasías que adoptaron la forma del relato fantástico y que se dieron a conocer, inicialmente, en las páginas de diarios y revistas, acompañados en muchos casos por ilustraciones. Las fantasías científicas de Eduardo L. Holmberg, Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga, con sus esperables diferencias, construyeron variaciones narrativas sobre un perturbador *oxímoron* de época: el de lo espiritual-material, esto es, la esperanza tanto de ciertos sectores del campo científico como del ocultismo, de que la investigación científica permitiera, finalmente, aprehender la composición material del espíritu. Lejos de representar meras manifestaciones de una ocurrencia individual, estos relatos fueron la reelaboración literaria de las discusiones acerca de las ciencias y sus alcances, que incorporaron tanto el registro de la divulgación periodística como el de las representaciones populares para dar forma narrativa al horizonte más proyectivo que contenían, en latencia, esos discursos. El amplio espectro de enunciados sociales incorporados (de la ciencia, la magia, el ocultismo, el periodismo) y las ilustraciones que en muchos casos complementaban los relatos, se fusionaron en lo fantástico en una irreversible operación de préstamo, subversión y reescritura, que dio como resultado un universo ficticio vinculado, no obstante, a posibles sucesos en una Buenos Aires “real”. Se trató, en resumen, de la invención de un original ideologema² que explotó la potencialidad fantástica con que estos tópicos impactaban en la sensibilidad de la época.

Atendiendo a las relaciones entre literatura y periodismo, me interesa consignar la llamativa coincidencia entre los argumentos de muchos de estos relatos fantásticos y los artículos periodísticos que divulgaban “casos raros” y episodios curiosos de las ciencias en *Caras y Caretas*, *La Prensa* y *La Nación*, pero también en revistas del espiritualismo ocultista como *Constancia* y

² En su estudio sobre la historicidad de las formas de la leyenda y su posterior mutación secular en la narrativa fantástica moderna, Fredric Jameson presenta al ideologema “como una solución simbólica de una situación histórica concreta”. No se trataría de “un mero reflejo o reduplicación de su contexto situacional”, sino, por el contrario, de “una solución imaginaria de las contradicciones objetivas” a las que el relato opone así “una respuesta activa”. (*Documentos de cultura, documentos de barbarie, La narrativa como acto socialmente simbólico*: 94-95).

Philadelphia. Estas coincidencias no se produjeron en forma aislada, sino, por el contrario, de manera frecuente y sistemática a lo largo de tres décadas; y más intensamente, aún, en el período acotado en este trabajo, 1896-1910. Antes que buscar, en cada caso, la reconstrucción de una intertextualidad voluntaria (tarea quimérica y acaso errada en sus presupuestos), me interesa analizar cómo dos tipos de discurso –el literario, el periodístico– arribaron a nudos imaginarios comunes y a perspectivas que tendían a “maravillar” el acontecimiento novedoso en materia científica, guiados ambos por una misma “estructura de sentimiento”³ respecto de qué era *lo científico* en la época. En ambas zonas de la cultura de entresiglos es posible rastrear las formas de una imaginación científica, esto es, la construcción de imágenes, expectativas y sueños sobre los alcances del desarrollo de las ciencias en la sociedad⁴.

El cotejo no busca una reconstrucción propia de la crítica genética de los cuentos, ni tampoco enfatizar en cuánto hay de ficción en el discurso

³ Como ha desarrollado Raymond Williams, “la estructura del sentir” es ante todo una hipótesis con la que el crítico o el historiador intenta leer aquello que es característico de una generación o de un período cultural determinado, que no se vincula con el pensamiento propiamente dicho, sino con cómo se viven y se valoran las experiencias, con el tipo de sensibilidad que una época moldea y que se distingue de otras futuras o pasadas. Williams señala la pertinencia de preguntarse por “los significados y valores tal como son vividos y sentidos activamente”, por “el pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado”. En síntesis, por “una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada”. La llama “estructura” porque responde a un conjunto de relaciones sociales específicas, pero también advierte que se trata de una experiencia social en proceso (Williams, R., *Marxismo y literatura*: 150-151).

⁴ Cabe señalar al respecto que los problemas que aquí se analizan ocupan un período inmediato anterior al que privilegia Beatriz Sarlo en su libro *La imaginación técnica* (1992). Concentrándose tanto en fuentes literarias como periodísticas de las décadas del veinte y el treinta, pero incluyendo también prácticas concretas como la de los inventores, Sarlo ha estudiado diversas formas del “ensueño moderno de la técnica”, y en ese imaginario detectó elementos tanto del presente como del pasado, las innovaciones técnico-científicas y las supersticiones populares, el espiritismo y la teosofía, todo ello en un “*continuum* en donde la fuerza de lo nuevo que ya ha sido comprobado sostiene la creencia en la posibilidad de lo imposible” (152). Lo cierto es que mucho de lo que detecta Sarlo en esas décadas, sobre todo la heterogeneidad de temas y verosímiles que confluían en el imaginario técnico-científico, proviene del período de entresiglos, cuando el aspecto maravillado de “lo científico” no era sólo incumbencia de la nota de color de los periódicos masivos, sino también una parcela de la ciencia misma. Los cruces entre ciencia y más allá son una directa herencia del proceso de conformación de las ciencias en el siglo XIX, cruces que, por otra parte, ya habían sido registrados por los periódicos en su momento. En todo caso, la diferencia radical con el fenómeno de los años veinte y treinta es la masividad de su difusión, los nuevos códigos del periodismo y la notable irrupción de la cultura técnica en la vida cotidiana, de mucha mayor visibilidad que “lo científico”. El libro de Beatriz Sarlo despertó, entonces, el interés por rastrear formas anteriores de una imaginación científica, formas que en el período de entresiglos no eran residuales, sino claramente emergentes.

periodístico. Por el contrario, me interesa pensar esta confluencia de temas y formas a la luz de una imaginación de época, esto es, a la luz de ese imaginario social mayor donde convivieron diferentes representaciones sobre ese amplio terreno llamado “conocimiento secular del mundo”, atravesado en esa época por el cientificismo, y cuyos clímax llegaban con la divulgación de un descubrimiento. Ambos, el periodismo de divulgación y las fantasías científicas de la literatura, tradujeron un horizonte común de recepción de los resultados de las ciencias desde el punto de vista de los profanos; en todo caso, donde leo las diferencias específicas, es decir, aquellas que hacen de los cuentos textos literarios, es no sólo en su mayor elaboración estilística, en la presencia de procedimientos y en la evidenciación de una subjetividad (que narra o es narrada), sino principalmente en la reelaboración de sus referentes culturales: la literatura suele extremar, con hipérboles o superposiciones, las tensiones en torno de “lo científico”, suele concebir figuras de síntesis inhallables en la serie histórica y sobre todo, busca una revisión de lo conocido a través del extrañamiento. Se trata de uno de los momentos de la literatura argentina en que lo fantástico estuvo en su más estrecha cercanía con lo real, acaso porque el estado de la cuestión científica, a nivel general, se prestó como nunca a la especulación profana.

Una observación pionera sobre estas estrechas relaciones entre cierto material de prensa y el relato fantástico fue la que en 1966 publicó Alfredo Veiravé en el diario *La Prensa*, en el cual exhumaba una curiosa noticia aparecida en 1880 en ese mismo diario, titulada “Un caso raro”, que narraba una historia llamativamente similar al relato “El almohadón de plumas” (1907) de Horacio Quiroga⁵. La noticia informaba lo siguiente:

Es una niña de seis años, perteneciente a una familia conocida en esta ciudad, se ha palpado antes de ayer un caso raro.

Hacia algunos meses que a la niña se la veía siempre pálida y cada día más delgada, no obstante sentir buen apetito y alimentarse convenientemente.

⁵ Artículo luego incluido en el libro de Ángel Flores (Comp.), *Aproximaciones a Horacio Quiroga*, con el título “El almohadón de plumas. Lo ficticio y lo real”, pp. 209-214.

En la creencia que tuviese alguna enfermedad desconocida, fueron llamados varios médicos para que la reconocieran, pero todos opinaron de acuerdo en el sentido de que la niña no padecía de ningún mal; sin embargo, aconsejaron a los padres que la llevaran al campo.

Así lo hicieron.

A los pocos días de estar la niña en el campo empezó a engrosar, y una vez restablecida fue traída a la ciudad nuevamente.

Después de una corta permanencia aquí, comenzó otra vez a adelgazarse, con el asombro de toda la familia, y de los mismos médicos.

La palidez cadavérica volvió a su rostro, y su espíritu se sumergía en una tristeza inexplicable.

Antes de ayer, la niña iba a ser llevada por segunda vez al campo.

Por la mañana, la mucama se ocupaba de acomodarle la cama, cuando notó entre el forro de la almohada un movimiento como si un cuerpo se deslizara interiormente.

Sorprendida por este suceso, llamó a la señora, quien con una tijera cortó el forro de la almohada resueltamente para descifrar el misterio, y retrocedieron aterrorizadas en presencia de su hallazgo, que consistía en un bicho, cuyo nombre ignoramos, color negro y de grandes dimensiones, de forma redonda y con varias y largas patas.

El bicho fue muerto en el acto y del examen que se hizo de él, resultó comprobado que era éste el que absorbía la sangre del cuerpo de la niña. (*La Prensa*, 7 de noviembre de 1880)⁶.

Años más tarde, con algunas diferencias en la trama y con procedimientos propios de la literatura, Quiroga concibió la misma historia fantástica que un diario de Buenos Aires había considerado una noticia digna de ser publicada. Sin arriesgar demasiadas respuestas, Veiravé dejó constancia, con todo, de esta confluencia de argumentos comunes entre la literatura y el periodismo, señalando con ello el espectro de realidad que podía velar, inesperadamente, detrás de una fantasía. La pregunta que dejaba abierta su insólito hallazgo era si en la época habrían existido otros cruces entre las fantasías del periodismo y las de la literatura, sobre todo con esos tintes científicistas propios del “caso raro” de la biología, como era el del extraño bicho-vampiro de la almohada. Y en

⁶ Reproducido también en Flores, Ángel, *Op. Cit.*, y en “Notas” a “El almohadón de plumas” en Quiroga, H., *Todos los cuentos*, Edición de Jorge Lafforgue y Napoleón Baccino Ponce de León, Madrid, ALLCA XX - Unesco - Fondo de Cultura Económica, 1993, pág. 102.

efecto, mi relevo de varias publicaciones de época demostró que el caso de “El almohadón de plumas” fue uno entre decenas⁷.

También debe señalarse que estas coincidencias entre el periodismo y la literatura adquieren mayor peso si se tiene en cuenta que buena parte del corpus literario que se considera aquí fue publicado originalmente (y en algunos casos, exclusivamente) en medios de prensa de la época. Holmberg publicó sus primeros relatos en los diarios *El Nacional*, *La Crónica* y *La Nación*, en revistas como *La Ondina del Plata* y posteriormente *Caras y Caretas* y *Fray Mocho*, entre otras⁸. Lugones dio a conocer ocho de los doce relatos de *Las fuerzas extrañas* (1906) en medios de prensa: dos en *El Tiempo*, cuatro en *Tribuna*, uno en *El Diario* y uno en la revista teosófica *Philadelphia*; asimismo, publicó otras decenas de relatos no incluidos en libro en *Caras y Caretas*.⁹ Horacio Quiroga publicó la mayoría de sus cuentos breves y folletines en *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *La Prensa*, *La Nación*, entre otros periódicos y revistas, actividad que además constituyó durante muchos años parte de su ingreso económico.¹⁰ La lectura original de buena parte de estos relatos era realizada, entonces, en contigüidad con otros contenidos del mismo medio de prensa, y aquellos lectores receptores de la perspectiva maravillada con que los redactores presentaban los nuevos descubrimientos y acontecimientos científicos eran los mismos que leían estos breves relatos fantásticos.

Asimismo, en el caso de *Caras y Caretas*, la ilustración que acompañaba los relatos dialogaba no sólo con las imágenes que integraban los artículos y

⁷ En mi tesis doctoral *La imaginación científica. Ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entresiglos (1875-1910)*, he estudiado cómo los diarios *La Nación* y *La Prensa*, y el semanario *Caras y Caretas* divulgaron las noticias científicas de la época. A lo largo de la investigación me he topado con numerosas noticias y artículos que coincidían con los argumentos de relatos fantásticos que yo previamente conocía. De esas coincidencias, hasta el momento nunca señaladas por la crítica, nace el tema del presente artículo. (Tesis doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras, UBA, el 20 de diciembre de 2010, mimeo).

⁸ Véase Holmberg, Eduardo L., *Cuarenta y tres años de obras manuscritas e inéditas (1872-1915)*, Edición a cargo de Gioconda Marún, Madrid, Iberoamericana, 2002.

⁹ Véase Lugones, Leopoldo, *Cuentos desconocidos*, Compilación y estudio preliminar de Pedro L. Barcia, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1982; Lugones, Leopoldo, *El espejo negro y otros cuentos*, Estudio preliminar, notas y vocabulario de Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Abril, 1988; Lugones, Leopoldo, *Las fuerzas extrañas*, Edición a cargo de Arturo García Ramos, Madrid, Cátedra, 1996.

¹⁰ Véase Quiroga, Horacio, *Todos los cuentos*, op. cit.; Quiroga, Horacio, *Novelas completas*, Buenos Aires, Rafael Cerdeño Editor, 1994.

noticias sobre diferentes acontecimientos científicos en el mismo semanario ilustrado, sino también con las curiosas imágenes que a partir de 1904 comenzaron a poblar las revistas espiritistas, magnetológicas y en menor medida teosóficas, así como algunos diarios. Me refiero a las fotografías de espíritus materializados obtenidas, supuestamente, en las sesiones con médiums, muchas de ellas supervisadas por científicos de renombre. Cuando en 1906 se divulgaron las fotografías obtenidas por el fisiólogo, futuro Premio Nobel, Charles Richet, de un supuesto fantasma al que llamó Bien Boa, se inauguró una nueva forma de visualización de lo otrora sobrenatural o considerado imposible. Esas fotos, reproducidas en diferentes medios de prensa,¹¹ buscaban ser la prueba no sólo de la existencia de un fantasma o de alguna entidad espiritual emanada de la médium, sino también de que lo que constituía “lo imposible” tiempo atrás, ahora era develado posible gracias a la técnica y a la metodología científicista de las sesiones espiritistas.¹² En otra zona, aunque con similares inferencias, la reproducción de fotografías y fotograbados sobre la vida microscópica también transmitía esa idea de lo imposible pero real, de lo antes invisible y ahora visibilizado por la técnica. Y su naturalización como forma de divulgación científica fue ciertamente efectiva, al punto que ya en 1907 *Caras y Caretas* presentó una tapa que parodiaba una imagen tomada con el microscopio, pero cuyos componentes remitían a la política nacional (Cao, 21 de septiembre de 1907).

Es, entonces, con este universo de “lo científico” vulgarizado, divulgado en periódicos y revistas, y con la proyección hacia eventuales descubrimientos de lo sobrenatural, que dialogaba el relato fantástico rioplatense del período. Con todo, si bien las características comunes de este tipo de imaginación científico-

¹¹ Las fotografías se dieron a conocer a medios tan diferentes como la revista espiritista *Constancia* (en los números del 7, 14, 21 y 28 de enero de 1906, con el título “Sobre algunos fenómenos de materialización”, con firma de Richet) y el diario *La Nación* (Darío, Rubén, “La ciencia y el más allá”, 9 de febrero de 1906).

¹² En el informe de Richet, se abundaba en la exhibición de supuestas garantías de veracidad: “Estas fotografías, obtenidas a la luz de una conflagración repentina de una mezcla de clorato de potasa y magnesio, han sido tomadas simultáneamente por la Sra. X..., con un kodak; por M. Delanne con un aparato esteroscópico; y por mí con un esteroscopio verascopio Richard; de modo que, en algunas ocasiones, ha habido cinco clichés simultáneos para una sola explosión de magnesio. Esto excluye toda posibilidad de fraude fotográfico.” (Richet, Charles, “Sobre algunos fenómenos de materialización”, *Constancia*, Buenos Aires, 21 de enero de 1906).

literaria permiten hablar de un modo identificable como conjunto, es cierto que cada autor orientó sus narraciones hacia lo que conformaba su horizonte de inquietudes y sus saberes previos. A esas particularidades me referiré a continuación.

Horacio Quiroga: el pathos de la noticia

Muchos relatos de Horacio Quiroga –puntualmente aquellos de orientación científicista y científico-ocultista– presentan notables similitudes, incluso coincidencias casi literales, con otros artículos publicados en la misma revista donde dio a conocer gran parte de sus cuentos durante la primera década del siglo: *Caras y Caretas*. Así, por ejemplo, el 30 de junio de 1900, leemos en ese semanario, bajo el título “Otra víctima de la ciencia”, sobre la muerte de un joven practicante del Hospital San Roque: “Haciendo estudios de disección en un cadáver tuvo la desgracia de herirse con un bisturí y producirse una infección de carácter tan violento que concluyó con su vida, a pesar de todos los cuidados de la ciencia (s/p).” El texto de la noticia se desplegaba a media página, rodeando el retrato del joven practicante perecido. Algunos años después, en 1906, el mismo hecho reapareció con similares características en el relato “Mi cuarta septicemia (Memorias de un estreptococo)”, de Horacio Quiroga (*Caras y Caretas*, 19 de mayo de 1906), con la diferencia de que quien narra en este caso es la propia bacteria, que infectará junto con toda su colonia al estudiante de medicina: “Cuando se rasgó la mano en la vértebra de nuestro muerto en disección [...] no se dio cuenta (s/p).”

Concebido con una alocada mixtura del lenguaje del crimen y de la bacteriología, el relato se publicó, además, acompañado por una ilustración de Cao que, a diferencia de otras, desbordaba sus diseños sobre el texto del cuento, emulando el fenómeno multiplicador de una infección. El protagonismo gráfico de las bacterias recuerda una nota anterior de *Caras y Caretas*, de 1899, en la cual se anunciaba que los doctores Méndez e Ibáñez habían logrado aislar el microbio de la fiebre amarilla; cuatro grandes fotograbados reproducían la forma del microbio, tal como se lo había identificado a través del microscopio (S/f.

Caras y Caretas, 17 de junio de 1899). La indudable eficacia de ofrecer la imagen de esa bacteria se debía, en parte, a que se corría el velo de algo anteriormente oculto para los sentidos. Formas de vida muy pequeña, que vivían alrededor de los lectores pero que no podían ser percibidas a simple vista, eran ahora visibles gracias a la tecnología. La fotografía que acompañaba la nota era, además, irrefutable testimonio de veracidad, prueba de la realidad de esos seres. Pocos años más tarde, el tipo de ilustración que Cao hace del relato de Quiroga está en línea con el efectismo de hacer visibles estos cuerpos tan pequeños, pero también agrega un plus de terror, acaso de cierta ferocidad, al representar a los patógenos como ratas mordedoras; una de ellas, incluso, figura como a punto de morder la mano del médico, esto es, a punto de concretar la infección por medio de una salvaje acción animal. La ilustración interpela al lector recurriendo a la aún vigente novedad de exhibir lo invisible, pero le agrega un componente macabro, que se desprende del texto de Quiroga. Cao dibuja en sintonía con la locura y la muerte que el escritor siempre endosaba a los fenómenos naturales. Se trata, sin dudas, de una de las mejores ilustraciones de un cuento de Quiroga, en la medida en que el dibujante sintonizó con la singular operación de extrañamiento de lo natural propia del autor y pudo potenciarla en imágenes, a diferencia de otras ilustraciones que se apoyaban mayormente en lo argumental.

Un año más tarde, Quiroga publicó “La ausencia de Mercedes” (*Caras y Caretas*, 23 de septiembre de 1907),¹³ con ilustración de Hohmann. Se trata de la historia de un hombre de apellido “Mercedes”, regordete “como las mujeres”, célibe y obediente en el trabajo, que padece sin saberlo una larga ausencia de conciencia durante la cual se convierte en otra persona. Su último recuerdo es haber salido a caminar por Callao y Santa Fe, luego de tomar un café, en marzo de 1902; de pronto, se halla en junio de 1906, casado con una bella mujer y convertido en padre de un hijo. El relato arriesga hipótesis médicas sobre su ausencia y, en efecto, quien resuelve el enigma es un doctor amigo. Llama la atención el singular parecido de la anécdota con el artículo “Un caso de doble personalidad”, aparecido en *Constancia* un año más tarde, aunque se trata de la transcripción de un diario norteamericano:

¹³ Nunca incluido en libro por Quiroga.

Se nos escribe desde Nueva York diciendo: los psicólogos norteamericanos están vivamente interesados por un notable caso de doble personalidad. Se trata de un sastre afortunado, Ch. P. Baldwin, (...) quien desapareció hace cuatro años sin dejar trazas de sí (...) a pesar de todas las investigaciones que se hicieron. Recientemente se le encontró en Clairfield, donde trabaja de simple aprendiz, a tanto por día, y pretendía llamarse Fr. G. Johnson. Había olvidado toda su existencia anterior. Cuando sus amigos le encontraron, cayó en un estado de gran perplejidad y se durmió enseguida profundamente. Al despertar, había olvidado su vida de cuatro años en calidad de Johnson, reconoció a su mujer y a sus amigos. (...) El profesor Hyslop [de la Universidad de Columbia] considera este caso como uno de los más claros y más salientes entre los numerosos fenómenos de doble existencia que ha registrado la ciencia (S/f. 13 de diciembre de 1908).

Tanto en la noticia como en el relato, lo que impacta es la lógica del “caso singular” y la supuesta imprevisibilidad de nuestra conciencia, de los fenómenos de la psiquis. En Quiroga, se busca además un efecto pícaro, dado que quien se consideraba célibe y casto, despierta a una vida de sexualidad plena (la ilustración, de hecho, muestra a Mercedes sonrojado), mientras que en la noticia predomina solamente el aspecto asombroso. No obstante, en ambos, hay apelaciones a la medicina, a la ciencia y a los desafíos que éstas tenían en la época frente a los supuestos poderes de la mente.

Más tarde, Quiroga dio a conocer su relato “El retrato”, en *Caras y Caretas* (31/12/1910), relato precursor de “El vampiro”, publicado en *La Nación* en 1927. En ese primer relato, se contaba la historia de un joven científico inglés que, convencido de que las imágenes mentales podían transmitirse por el espacio y llegar a impresionar una placa fotográfica, había experimentado con el recuerdo de su novia muerta. El científico lograba recuperar su retrato fijando su imagen mentalmente sobre una superficie impresionable. El relato termina cuando el joven comienza a olvidar a su novia, deja de amarla, y por tanto su retrato se vuelve cada vez más difuso. Finalmente, su ayudante de laboratorio se enamora de ese espectro y es él quien vuelve a ensayar el experimento con igual éxito. Además de contener expresos reenvíos a la cultura contemporánea de los lectores del semanario (mención de los científicos Lord Kelvin y Gustave Le Bon,

la inclusión de una frase verosimilizadora de la fantasía: “en esos días leí que en Estados Unidos el experimento se había hecho ya”), el relato presenta asombrosas similitudes con una nota anterior, de 1907, sobre los supuestos efectos de los rayos N y N1, titulada “La última maravilla científica”. La nota se publicó en *Caras y Caretas* sin firma, y no sería arriesgado especular con que su autor fuera el mismo Quiroga; cabe recordar que en su correspondencia de ese mismo año, le dice a su amigo Fernández Saldaña: “[...] en *Caras y Caretas* me han hablado efusivamente, pidiéndome mucho más frecuente colaboración. El 3 llevé un cuento, ayer otro [...]. A más, pídenme notas para ilustración callejera, tipo “Hipnotismo”, “Curiosidades del Zoo”, etc.” (*Diario y correspondencia*: 138).¹⁴ Con todo, los artículos sobre los rayos N –rayos “descubiertos” por René Blondot, cuyo carácter apócrifo se comprobó justamente en 1907-¹⁵ eran muy frecuentes en la época, dado que se trataba de la supuesta radiación que emitía el cuerpo humano y ello se prestaba a grandes especulaciones. La revista espiritista *Constancia* había dedicado varias notas al tema (13/03/1904 y 05/06/1904), y la revista teosófica *La Verdad* también había incluido en sus páginas algunos artículos traducidos de los *Annales des Sciences Psychiques* de París (1/12/1905 y 1/04/1906). Por su parte, *La Nación* venía informando, también, desde 1896, sobre el descubrimiento de los rayos X en Alemania y los pioneros experimentos en Buenos Aires, sobre los rayos catódicos del físico (y espiritista) William Crookes, así como sobre los rayos llamados “Becquerel”, luego rebautizados por el matrimonio Curie como “radioactividad”¹⁶. De modo que, si bien la cuestión de los rayos N en particular y de la radiación en general era un tema divulgado en varios medios, la similitud entre la nota anónima de *Caras y Caretas* y el cuento de Quiroga es casi literal. La primera terminaba con la reseña de lo que había experimentado un supuesto científico, llamado Rogus:

¹⁴ La carta está dirigida a Maitland, sobrenombre de J. M. Fernández Saldaña, con fecha del 15 de julio de 1906. Véase también carta del 7 de mayo de 1907.

¹⁵ Véase Capanna, Pablo, “Los rayos N”, en *Inspiraciones. Historias secretas de la ciencia*, Buenos Aires, Paidós, 2010, pp. 135-141.

¹⁶ Véase *La Nación*, ejemplares del 18 de octubre de 1897 y del 9 de octubre de 1901.

Repitió la prueba veinte veces y otras tantas obtuvo la fotografía cerebral de su novia. (...) Desgraciadamente, ésta murió. En los primeros tiempos de desesperación amorosa, retrató día a día a su novia por medio de la atenta evocación de ésta: la imagen tenía aún más vida que antes. Poco a poco fue prolongando las fechas, y un día en que después de cierto tiempo se acordó de retratar a su novia, notó algo anormal en sus ojos, como una falta de transparencia. (...) Y Rogus comprendió claramente que ya había dejado de quererla. (S/f, “La última maravilla científica”, *Caras y Caretas*, 28 de septiembre de 1907).

Igual desenlace posee el relato de Quiroga, igual nudo argumental. No obstante, a nivel de las imágenes, la estrategia sí fue diferente. Mientras en el artículo “La última maravilla científica” se privilegiaron fotografías que probaban el alcance de acción de los rayos N (la fotografía como prueba, como documento de verdad sobre lo “increíble”), en el relato el ilustrador Peláez privilegió, con sus tres ilustraciones, la escenificación de algunos momentos más vinculados a lo social y a lo sentimental que a lo científico. Mientras la primera ilustración mostraba a Kelvin y a su amigo conversando en la cubierta de un barco, y la segunda focalizaba en la agonía de la joven novia en la cama, la tercera se concentraba en el laboratorio del científico, pero nada prodigioso aparecía enfatizado. En cambio, en el artículo de divulgación, las imágenes poseían agregados de luminosidades que apuntaban a evidenciar la emisión de rayos N desde el cuerpo humano, un recurso que –bien mirado– está más cerca de lo fantástico que el propio relato de Quiroga.

Si bien en el caso del artículo sobre rayos N y N1 es posible especular con la eventual autoría de Quiroga, no es el vínculo expreso entre las fantasías periodísticas y las literarias el rasgo que definió el fenómeno. Acaso el mejor ejemplo lo constituya la serie de relatos tanto de Quiroga como de Lugones que recuperaban la figura del mono en clave fantástica –con el perturbador cruce entre ocultismo y evolucionismo, o entre animalidad y humanidad– y la serie de artículos que a lo largo de las dos primeras décadas del siglo habían aparecido en *Caras y Caretas*, que explotaban en clave vulgarizada las implicancias de la teoría de la evolución darwiniana en lo relativo a nuestro parentesco ancestral con los monos. No podría afirmarse que ninguna nota haya copiado el argumento de un

cuento, ni que algún relato fuera la variación de una fuente periodística. En todo caso, sí parece ser más convincente detectar que en esas coincidencias hablaba el impacto social, generalizado, de un imaginario científico, un imaginario que al interactuar con discursos no científicos, incentivó la proyección hacia la maravilla, tanto metafórica como literal.

Notas publicadas en *Caras y Caretas* como “Una comprobación de la Teoría de Darwin” (13 de julio de 1901), “Un chimpancé gentleman” (14 de noviembre de 1904) o “Los antepasados ilustres de Zizí Bamboula” (18 de noviembre de 1908) –en la que se aseguraba que había nacido un mono sin pelo, hijo de una mujer africana y un simio– no hacían más que proyectar, en clave periodística, las implicancias maravillosas de la constante transformación de presupuestos que provocaban las ciencias del período, proyecciones que, con los recursos de la literatura, también realizaban Lugones con relatos como “Izur” (1906) y “Un fenómeno inexplicable” (1898), y Quiroga con “El mono que asesinó” (1910), “El mono ahorcado” (1907) e “Historia de Estilicón” (1904)¹⁷. En efecto, aun con el lenguaje de la divulgación, en *Caras y Caretas* se daba una certera definición de cuánto habían provocado las ciencias las fantasías de todo tipo. En una de las notas anteriormente citadas, leemos:

Aceptando pues que la humanidad ha creído en todos los tiempos en la existencia de seres imposibles, y que ellos sean una invención de continuo necesaria, no tenemos por qué sorprendernos ante el gracioso momento que nos están proporcionando algunos sabios franceses y entre ellos el célebre biólogo Metschnikoff, al discutir la posibilidad de que un pobre mono nacido sin pelo pueda o no ser hijo de la negra que lo criaba y de un distinguido gorila cuyo paradero se ignora. La ciencia, como vemos, también tiene sus horas de diversión. Vuelve de tiempo en tiempo a recordar sus días de la infancia, complaciéndose en espantarnos con seres que hoy sólo tienen la virtud de hacernos reír.” (S/f. “Los antepasados ilustres...”, *Caras y Caretas*, 18 de noviembre de 1908).

Caras y Caretas no era ajena a estos desvíos (se trataba del mismo semanario que poco tiempo antes había publicado, por ejemplo, “El hombre

¹⁷ Las fechas indican su publicación original en la prensa o en libro. Véase para Lugones, *Las fuerzas extrañas*, op. cit.; y para Quiroga, *Todos los cuentos*, op. cit.

mono, descubierto” -08/06/1907- con ilustración y todo), pero enunciaba sintéticamente una de las caras del fenómeno: la reunión de ciencia y ficción. Ello es prueba de la inestabilidad de categorías: si el caso de Zizí Bamboula hacía reír, no otra cosa hubiera provocado la sola mención de rayos que atraviesan cuerpos opacos, apenas unas décadas antes. Y ese fenómeno no se convirtió en material de la magia, sino que se verificó como fenómeno científico.

Quiroga fue uno de los escritores que más hábilmente captó la potencialidad fantástica del imaginario científico de su tiempo. Sin una específica formación en ciencias como Holmberg, y sin adherencia formal a los ocultismos de esos años como Lugones, se concentró en las proyecciones propiamente narrativas que permitía la reunión de los aleatorios elementos de “lo científico” vulgarizado en diarios y revistas. Él mismo convertido en improvisado divulgador, tal como confiesa en su correspondencia, mostró las dos caras del fenómeno, que a veces parecían una: redactor de artículos, autor de cuentos, en ambas funciones partió desde un estado de la cuestión y proyectó, de inmediato, la maravilla posible.

Eduardo L. Holmberg: usos literarios del espiritismo

Ahora bien, la literatura de Quiroga no es la única en la que es posible rastrear estas confluencias. Eduardo Holmberg, cuyos primeros relatos datan de 1875, también ha trabajado sobre un horizonte fantástico que excede la invención individual y que posee fuertes lazos con una imaginación científicista de época. Si nos concentramos en apenas dos relatos de fines de la década del noventa, “La casa endiablada” y “Nelly”, veremos no sólo la expresa inclusión del discurso del periodismo en la trama ficcional (sobre todo en “La casa endiablada”, donde las crónicas del diario narran parte de la acción), sino además estrechos vínculos con la forma en que diarios y revistas divulgaban casos raros de las ciencias naturales y, también (con esa particular contigüidad de época) de las ciencias ocultas. Cabe recordar que tanto “Nelly” como “La casa endiablada” se dieron a conocer inicialmente en periódicos: el primero se

publicó por entregas en el diario *La Prensa*; mientras que en la revista de letras *La Quincena* se publicaron dos adelantos del segundo.

“Nelly” (1896) es una *nouvelle* que narra el caso de una mujer que padece “histerismo telepático”, que tiene la habilidad de comunicarse con su esposo a la distancia y enterarse de sus infidelidades. Una vez muerta, Nelly tiene también la capacidad de regresar como fantasma, fenómeno que es corroborado empíricamente por varios personajes mediante nada menos que un termómetro y el contacto con partes de su cuerpo. Todas estas construcciones científico-ocultistas hallan sus correspondencias periodísticas en esos años.

En la revista espiritista *Constancia* aparecieron con frecuencia artículos que reseñaban casos de telepatía, y llama la atención el hecho de que –al igual que en “Nelly”– gran parte de los casos provenían de Inglaterra, donde, cabe recordar, el desarrollo del espiritismo moderno era ciertamente mayor que en la Argentina. Tanto en “Hechos telepáticos” (*Constancia*, 02/09/1906), donde se reseña la aparición de un coronel inglés ante su esposa instantes antes de morir en un lejano campo de batalla, como en “Manifestación a distancia del espíritu de los vivos”, escrito por el químico y espiritista Ovidio Rebaudi (*Constancia*, 13/05/1906), se concibe al pensamiento con características “físicas”, capaz de actuar en el mundo tangible como si se tratase de una especie de rayo o de onda. Asimismo, en “Experimento de De Rochas”, publicada en *Constancia* (12/09/1897), se describen los experimentos de este referente del ocultismo con el desdoblamiento del cuerpo astral y se reseña el empleo de un termómetro para verificar las alteraciones de temperatura de la médium, al igual que en el relato “Nelly”. En otro ensayo, firmado por el mismo De Rochas (“Hipótesis”, *Constancia*, 06/03/1898), en el cual da instrucciones para corroborar científicamente la presencia de entidades espirituales o fuerzas psíquicas en las sesiones, expone cómo ha utilizado una balanza para medir el traspaso de materia de un cuerpo hacia otro, es decir, emplea otro instrumento de medición, como en los ensayos científicos tradicionales. En resumen, aquello que en un principio resalta de la lectura de “Nelly” como una singular ocurrencia del autor (“histerismo telepático”, colocación de un termómetro a un fantasma), se revela, en cambio, gracias al cotejo con notas de diarios y revistas, en una reelaboración

de elementos preexistentes, en una inclusión, dentro de lo fantástico, de las aristas más asombrosas del mundo real.

“Nelly” fue reseñado por Leopoldo Lugones en las páginas de *El Tiempo*, y no casualmente su elogioso artículo comenzaba de la siguiente manera:

Fundada en un caso de telepatía, esta novela tiene para un reducido grupo de afiliados a los misterios teosóficos y espiritistas, un valor real: la atención manifiesta con que los hombres de ciencia comienzan a preocuparse de los fenómenos cuyo origen moderno es la mesa parlante, preocupación seria, aunque condimentada por la indispensable pizca de ironía que el materialismo ortodoxo no puede librarse de arrojar sobre los más graves problemas planteados por la Ciencia Esotérica. (18 de septiembre de 1898).

Miembro de la Sociedad Teosófica y asiduo colaborador de su primera y principal revista del período, *Philadelphia* (1898-1902), Lugones rescataba en Holmberg el tratamiento del tema telepático, desde una perspectiva, empero, opuesta a la de aquel: si Holmberg es el naturalista de profesión que se reservaba para la literatura su interés por los temas ocultistas (en los que no creía), Lugones consideraba “ciencia” a la teosofía y valoraba tanto la carga de verdad como de belleza de las cuestiones del espíritu.

Por su parte, la *nouvelle* “La casa endiablada” (1896) recupera el tema de las casas habitadas por espíritus, tema que si bien data de mucho antes del siglo XIX, adquiere a partir de este período un tratamiento diferente por parte del periodismo: desde el último tercio del siglo, los diarios de varias ciudades europeas, norteamericanas y más tarde argentinas, comenzaron a reseñar la investigación –tanto policial como espiritista– de esos fenómenos, y la búsqueda ya sea del fraude como del fenómeno empírico, plausible de ser sometido a estudio científico. Este motivo, así trabajado, abarcó varias décadas: en 1884, ya aparece en *El Fígaro* “Casa con fantasmas” (15 de julio), un caso muy similar al de “La casa endiablada” de Holmberg. A esta nota le siguen muchas otras, entre ellas “Casas extrañas” de *Constancia* (10/01/1897), “Una aparición y una casa espiritada” de *Constancia* (31/03/1897), “Informe de Lombroso sobre casas encantadas” de *La Nación* (20/07/1906), esta última referida a la filiación de

Lombroso con el espiritismo y su interés por las apariciones. Incluso, en 1908 se publica en *Constancia* una noticia llamativamente similar a la propuesta de Holmberg, en su cruce entre el policial y el fantástico: se dice allí que la policía de Alemania se servía de los trípodes espiritistas para resolver casos de homicidio, tal como había ideado Holmberg una década antes (“Policía espiritista”, *Constancia*, 19 de enero de 1908).

Asimismo, las ilustraciones y fotografías de entidades espirituales también habían comenzado a proliferar durante principios del siglo, acentuando la naturalización de presencias “ocultas” a los sentidos que sólo los experimentadores, con sus nuevos métodos, podían captar. Los relatos de Holmberg parecen dialogar con la sensación que transmitían esas imágenes divulgadas en los periódicos, relacionadas tanto a “formas-pensamiento”, como se publicaron en la revista teosófica *La Verdad* (Hartmann, 1 de agosto de 1908) o a luminosos fluidos del pensamiento, como rezaba uno de los epígrafes de foto en un artículo de *Caras y Caretas* (“El espiritismo en Buenos Aires. Curiosas fotografías de espíritus materializados”, 27 de agosto de 1904)¹⁸.

Atenta a esta creciente adhesión al espiritismo de ciertos habitantes de Buenos Aires, y a este renovado enfoque de aspiraciones científicas sobre el fenómeno de la casa con fantasmas, “La casa endiablada” logró como pocos relatos hacer coincidir lo fantástico con su realidad histórica. El suceso anormal sobre el que se monta la narración aparece estratégicamente reforzado por una gran cantidad de datos del contexto socio-cultural, desde la abundancia de nombres de científicos y ocultistas, la inclusión de la Sociedad *Constancia* y sus miembros dentro de la trama, hasta la reproducción de notas atribuidas a periódicos porteños reconocibles.

La relación de la prensa con este relato es ciertamente masiva: hay capítulos que “quedan a cargo” de un recorte de prensa que narra los sucesos; hay interpelaciones directas al rol de la prensa en la Buenos Aires

¹⁸ Al parecer, las fotografías exhibidas en ese artículo habían sido robadas por un repórter de *Caras y Caretas* de la Sociedad Espiritista “Luz del Desierto”, integrada exclusivamente por mujeres. Al menos, así lo recuerda Ovidio Rebaudi, miembro de la Sociedad Espiritista “*Constancia*”, en un texto incluido en Mariño, Cosme, *El espiritismo en la Argentina*, Buenos Aires, *Constancia*, 1963 [1932], p. 137.

contemporánea; y asimismo, se incorporan tópicos de la divulgación científica y ocultista tal como son presentados en la “noticia”, esto es, recuperando las instancias de la investigación del caso policial en clave espiritista, como el interrogatorio del muerto (la víctima) a través de los médiums, el desciframiento de los ruidos, etc. La reelaboración humorística de Holmberg llega cuando, en lugar del médium, es un simple loro quien “es hablado” por otro, esto es, el criminal, su antiguo dueño.

Para Holmberg, su literatura fue un ámbito de prueba para la eficacia narrativa de ciertas consecuencias impensadas de la cultura científica de su tiempo. Holmberg nunca evaluó con seriedad científica ninguna de las propuestas espiritistas o paranormales, pero sí las incorporó parcialmente en sus cuentos, dado que su lenguaje e imágenes canalizaban con éxito el efecto maravilloso de la secularización del conocimiento.

Leopoldo Lugones: fantasías teosóficas

Lugones dio a conocer buena parte de los relatos que escribió entre 1897 y 1908 en medios de prensa; y, muchos de ellos, que recuperaban temas científico-ocultistas, también presentaban notables similitudes con los artículos de divulgación. Es el caso de “El Psychon”¹⁹, cuyos motivos coinciden con el ya citado artículo sobre los experimentos de De Rochas. En ambos, el cuerpo astral es descrito con una zona roja, que representa la sensibilidad, y una azul, que representaba el deseo; y el pensamiento también adquiere densidad de cuerpo material. De hecho, en el relato de Lugones, De Rochas es expresamente mencionado como uno de los científicos que, junto con William Crookes, representaba la misma tendencia del personaje ficcional, el “Doctor Paulin”²⁰.

¹⁹ Originalmente publicado en *Tribuna*, el 31 de enero de 1898. Luego incluido en *Las fuerzas extrañas* (1906).

²⁰ También en “Hipótesis” de De Rochas (*Constancia*, 6 de marzo de 1898) y “Los rayos Röntgen y el ocultismo”, de Karl du Prel (*Constancia*, 23 de agosto de 1896) aparecen ideas muy similares a las del relato “El Psychon”.

Asimismo, su relato “La fuerza Omega”²¹ retomaba proposiciones prácticamente idénticas a las que aparecían en artículos de la revista teosófica *Philadelphia*, como “El electroide o fluido universal” (07/09/1898), donde el Dr. Lux daba cuenta del asombroso descubrimiento de un científico polaco sobre una nueva radiación extremadamente más poderosa que todas las conocidas, proveniente del sol. El artículo afirmaba que sólo este científico sabía cómo manejar esa “fuerza” y que su secreto aún no había sido revelado. En línea similar, del protagonista de “El Psychon” se dice que era el único que sabía manejar el aparato productor de una fuerza descomunal, que termina por asesinarlo. Llamativamente, ese relato comenzaba con la advertencia: “Anda por ahí a flor de tierra más de una fuerza tremenda cuyo descubrimiento se aproxima” (98), sentencia que coincide con el artículo “Fuerza y materia”, de Lemaitre, en el que se anunciaba el inminente descubrimiento de un “cuarto estado” de la materia, especie de materia-fuerza, por cuyo poder descomunal “rocas enteras serían reducidas a su principio primero en algunos minutos” y “en algunas horas enormes montañas serían horadadas sin que quedase ni huellas de los escombros.” (*Philadelphia*, 7 de octubre de 1898).

Ambos relatos de Lugones trabajan sobre la idea de la superioridad de las fuerzas ocultas por sobre los conocimientos científicos y las habilidades metodológicas de los hombres. No hay castigo para los hombres de ciencia que se embarcan en el conocimiento del mundo, sino, por el contrario, énfasis en la inconmensurabilidad de las fuerzas del espíritu, indomables por la materia. Esa idea, que rige también otros cuentos, aparece esbozada en muchos artículos de *Philadelphia*. A propósito de las limitaciones de los paradigmas “materialistas” (positivistas) para definir un objeto de estudio y aun, lo “cognoscible”, un teósofo italiano advertía: “los presentes hechos científicos pueden trocarse en una gran peligro, quizás también en una desventura para la humanidad, si no están iluminados por los hechos teosóficos.” (Marques, *Philadelphia*, 07 de julio de 1899). Algo de esa desventura retrata Lugones en sus relatos con final fatídico. No casualmente los experimentadores puramente ocultistas, emancipados de

²¹ Originalmente publicado en *El Diario*, 1º de enero de 1906. Luego incluido en *Las fuerzas extrañas*.

toda formación positivista, son los que nunca mueren, como el jardinero “baudelaireano” de “Viola Acherontia”.²²

A propósito de ese relato, hay que señalar que el tema del sufrimiento de las plantas también reaparece en la revista de los espiritistas, analizado por el Dr. Andes en su “Crónica científica” (*Constancia*, 13/03/1898) desde una clara perspectiva animista y humanizadora de toda forma de vida, idea con la que comulga Lugones (y no sólo en sus textos ficcionales)²³.

En línea similar, encontramos otra coincidencia con una crónica firmada por Emilio Becher (en esos años, secretario de redacción de la revista espiritista *Constancia*), en la que relata el caso de un condenado a muerte que siente en su pecho los balazos que aún no recibió y que ya no recibirá (porque fue absuelto), pero cuyo alto poder de sugestión le hace vivir como reales hechos sólo concebidos psíquicamente (“Un caso interesante. El soldado Sosa”, *Constancia*, 09/02/1902). Lugones retomará un tema ciertamente análogo en su relato “El hombre muerto” (*Caras y Caretas*, 13/07/1907), en el cual un intenso fenómeno de sugestión crea la realidad, es decir, detiene la muerte de un hombre que no se cree muerto. Se trata de una mecánica muy cara a Lugones: es la idea, es el espíritu, el origen de lo material, de lo visible, y no a la inversa. Se ve así que el animismo idealista de Lugones está presente aun en sus relatos más anecdóticos.

La ilustración de Zavattaro que acompañaba a “El hombre muerto” en *Caras y Caretas* claramente apuntaba a reforzar la hipótesis animista del relato. La escena elegida para el dibujo fue justamente la final, en la que unos peones rurales que casualmente se habían topado con quien “se creía” muerto, al verlo dormido rodeado de velas, efectivamente lo “creyeron” muerto. La fuerza de esta impresión se tradujo en una consecuencia física, material, y por tanto el cuerpo del hombre se degradó al instante, convirtiéndose en esqueleto. Zavattaro

²² Originalmente publicado en *Tribuna*, 31 de enero de 1899. Luego incluido en *Las fuerzas extrañas*.

²³ Véase Quereilhac, Soledad. “El intelectual teósofo: Leopoldo Lugones en *Philadelphia* (1898-1902)”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 12, Bernal, UNQ, 2008, pp. 67-86.

mostraba entonces al esqueleto enmarcado por las velas y a los peones sorprendidos, reforzando la dimensión fáctica de la hipótesis fantástica.

Por otra parte, existen notables confluencias entre el periodismo y los relatos de Lugones en torno a las representaciones de la locura. Cuando Quiroga incorporó a Lugones como un personaje (homónimo) en su relato “Los perseguidos” (1908), personaje que gustaba tanto de conversar sobre locos como de pasear por manicomios junto a su amigo ficcional “Quiroga”, estaba revelando ciertamente una de las fuentes de las ficciones fantásticas de ambos. Si bien la forma de representar la locura es diferente en cada caso y ocupa jerarquías dispares en cada universo ficcional, ambos autores detectaron la operatividad fantástica de la figura del loco si se lo colocaba a medio camino entre el discurso médico y otro discurso exógeno que tendiera a extrañar, sobrenaturalizar o animalizar el estado de demencia.

En sintonía con crónicas como “El asilo de las Mercedes y la colonia de alienados” (20/05/1899), en la cual el repórter de *Caras y Caretas* narraba su visita al manicomio y su conversación con médicos y pacientes, acompañado por el fotógrafo, Lugones publica al menos dos relatos que reproducen igual situación de enunciación: “El descubrimiento de la circunferencia” (*Caras y Caretas*, 09/02/1907) y “El definitivo” (*Caras y Caretas*, 18/05/1907). En ambos, el narrador es un sujeto que visita el manicomio y que, en principio, es empático con la mirada de los médicos; comparte con ellos el consenso sobre que se está ante hombres que han perdido la razón. Pero a medida que el relato da a conocer las causas de la locura de los personajes –en el caso de “El descubrimiento...”, una manía geométrica sobre la circunferencia; en el caso de “El Definitivo”, una manía sobre la totalidad–, el punto de vista parece recorrer una cinta de Moebius hasta terminar del otro lado. Así, el punto de partida de la enunciación del caso fantástico aparenta adscribir a cierto registro de la psicopatología, pero esta inicial adscripción va perdiendo fuerza con el desarrollo de los acontecimientos y el efecto resultante es que el término “locura” se resemantiza. Lo que los médicos llamaban locura era, visto desde otra matriz, el encuentro del individuo con el todo, una experiencia trascendente, de revelación.

El relato trabaja sobre la brecha que se abre dentro de un término médico, y hace de esa brecha el lugar donde introducir un saber irreductible a la lógica científica. Con todo, el marco, el tópico, la situación inicial de enunciación presenta notables coincidencias con las crónicas periodísticas, y es allí donde el relato afianza buena parte de su verosimilitud, de su efecto de realidad. Las ilustraciones que acompañaron los relatos lograron, empero, efectos diferentes: mientras en el “El Definitivo” Zavattaro optó por retratar el momento en que los visitantes dialogan con el loco, sin agregar demasiado a lo que ya informa el texto, en “El descubrimiento de la circunferencia” Cao fijó su atención en la figura de Clinio Malabar, el loco en cuestión, y lo retrató como un ánima, con alas de ángel y con serpientes similares a las del emblema teosófico, rodeado por su mística circunferencia. En este caso, la ilustración reforzaba la idea de que el loco es, en realidad, un iluminado y que efectivamente ha podido regresar de la muerte. Lo curioso es, también, que el retrato de Clinio dialoga extratextualmente con la forma en que se recortaban algunos retratos de los pacientes en el artículo ya citado de *Caras y Caretas* sobre el Asilo de las Mercedes.

Finalmente, otra zona de la divulgación científica que también recupera Lugones en sus relatos es la de los poderes de los “sensitivos”, esto es, aquellas personas que, en la época, eran consideradas poseedoras de sentidos más desarrollados, capaces de percibir otras dimensiones del espacio y del tiempo. “Sensitivos” eran los médiums, pero no sólo ellos; las revistas teosóficas y espiritistas, así como las destinadas al público en general, solían informar casos de niños prodigio que alcanzaban la clarividencia, mujeres que percibían la inminencia de la muerte, etc. Entre esas notas, se destaca “Un misterio psicológico insondable” (*Caras y Caretas*, 16/02/1906), sobre “la inválida más notable del mundo”. Se trata del caso de una niña ciega y parálitica que podía predecir el futuro, describir ciudades que jamás había conocido, leer el pensamiento de sus visitantes, entre otras proezas. “Solo su mente vive”, se decía de esta niña, y la formulación recuerda al cuento “Hipalia”, de Lugones, publicado en ese mismo semanario el 15 de junio de 1907. Porque Hipalia es una

niña huérfana y abandonada que, tras ser adoptada por un filántropo, gasta sus días contemplándose en una pared blanca hasta enloquecer y morir. Pero lo que en realidad logra Hipalia es impregnar no sólo su imagen sino su doble astral en esa pared –en ese cosmos blanco– para pasar a ser una presencia eterna. La mente de Hipalia es la que impregna esa pared y concreta la trasmigración. Lo curioso es que, a la manera de los artículos de divulgación, se hace necesario ofrecer aquí una “prueba” de la veracidad del fenómeno, algo que aleje la anécdota del fantástico puro: he ahí cuando reaparece la herramienta estelar de la fantasía científica, el termómetro, para verificar que, efectivamente, la pared estaba tibia y su temperatura era humana: “Toqué diversas veces el retrato – llamémosle así – y los puntos circunstantes del muro. No cabía duda. La tibieza era una realidad. Un prosaico termómetro completó hace poco nuestra certidumbre, pues el viejo pariente ha querido ver también (s/p).” Prosaico o no, el aparato está allí para reenviar la ficción al mundo real de los lectores, para estrechar lo más posible el universo narrado y el del lector.

Cabe decir, también, respecto de “Hipalia”, que recupera un motivo tradicional del relato fantástico: el de la vida de los retratos. Desde el clásico “El retrato oval” de Edgar Allan Poe, muchos autores han trabajado sobre la idea de la fuerza vital de las imágenes,²⁴ del pasaje de la representación de la cosa a la trasmigración de la cosa misma hacia la bi-dimensionalidad, y en todos esos casos, lo que estructura el sentimiento de lo fantástico es la fantasmagoría que carga todo arte que duplique el mundo. La innovación, empero, está aquí en el momento de la corroboración del fenómeno, en el momento en que el “prosaico termómetro” irrumpe en la trama, y esta observación vale para todo el corpus revisado en este trabajo. Porque si, por un lado, todos estos relatos están dialogando con la tradición del relato fantástico moderno, esto es, del siglo XIX, también es cierto que introducen tanto un elemento referencial del “aquí y ahora” de los lectores como una instancia de verificación racional del fenómeno (termómetros, balanzas, testigos, bibliografía, nombre propios, etc.) que no pertenecen necesariamente a las formas tradicionales del fantástico, siempre

²⁴ Véase Scholes, Robert y Eric Rabkin. *La ciencia ficción. Historia, ciencia, perspectiva*, Madrid, Taurus, 1982 [1977].

más inclinado a los efectos de vacilación y/o indeterminación. En todos estos relatos existe la preocupación por transmitir el empirismo de lo narrado y veo allí la marca de su historicidad: en ese rasgo reside tanto la presencia de un imaginario científicista, como las superposiciones con el discurso del periodismo, esto es, de lo actual, de lo que debe presentarse “veraz” y no sólo “verosímil”²⁵.

A modo de cierre, es posible concluir que del cotejo de estos nudos imaginarios comunes, de estos núcleos narrativos y proyectivos –tanto artículos como cuentos *narran* casos, a la vez que *extrapolan hipótesis* científicistas–, surge una imagen de lo científico alejada de las construcciones puramente positivistas: una idea de lo científico vulgarizada, ficcionalizada, pero no por ello menos expresiva de todo aquello que el desarrollo de las ciencias produjo en la sociedad de la época.

Bibliografía

Becher, E. “Un caso interesante. El soldado Sosa”. Buenos Aires: *Constancia. Revista de espiritualismo, psicología y sociología*: 9 de febrero de 1902.

Bernárdez, M. “El asilo de las Mercedes y la Colonia de Alienados”. Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 33: 20 de mayo de 1899.

Cao. “Descubrimiento prodigioso. Análisis microscópico de un peso moneda provincial, clandestina” (Ilustración de portada). Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 468, 21 de septiembre de 1907.

Capanna, Pablo. “Los rayos N”. Buenos Aires: *Inspiraciones. Historias secretas de la ciencia*, 2010, pp. 135-141.

Darío, Rubén. “La ciencia y el más allá. Las fotografías de un fantasma. Una Marta sospechosa. La buena fe de M. Richet”. Buenos Aires: *La Nación*, 9 de febrero de 1906.

²⁵ Al incluir referencias reconocibles de su contemporaneidad, que incluyen también nombres propios de lugares y personas, el relato fantástico no busca sólo una verosimilitud literaria, sino que busca sobre todo reforzar los lazos de la fantasía con lo real histórico, esto es, el mundo extra-textual del lector.

De Rochas. "Experimentos de De Rochas". Buenos Aires: *Constancia*, 12 de septiembre de 1897.

---. "Hipótesis". Buenos Aires: *Constancia*, 6 de marzo de 1898.

Dr. Andes. "Crónica Científica". Buenos Aires: *Constancia*, 13 de marzo de 1898.

Dr. Lux. "El electroide o fluido universal". Buenos Aires: *Philadelphia*, 7 de octubre de 1898.

Hartmann, Franz. "Formas-pensamiento y metamorfosis de la personalidad". Buenos Aires: *La Verdad*. *Revista de altos estudios* N° 40, 1 de agosto de 1908, pp. 667-669.

Holmberg, E. L. "Nelly" en *Cuentos fantásticos*. Buenos Aires: Edicial, 1994 [1960].

Jameson, Frederic. "Narraciones mágicas. Sobre el uso dialéctico de la crítica de los géneros" en *Documentos de cultura, documentos de barbarie, La narrativa como acto socialmente simbólico*. Madrid: Visor, 1989 [1979].

Lob nor. "El radium y la nueva teoría sobre la constitución de la materia". Buenos Aires: *La Verdad*, 1° de diciembre de 1905.

Lugones, Leopoldo. "El definitivo". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 450, 18 de mayo de 1907 (Dibujo de Zavattaro).

---. "El hombre muerto". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 458, 13 de julio de 1907 (Ilustración de Zavattaro).

---. "El descubrimiento de la circunferencia". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 436, 9 de febrero de 1907 (Ilustración de Cao).

---. "Hipalia". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 454, 15 de junio de 1907.

---. "Primera Edición: Nelly, por E. L. Holmberg". Buenos Aires: *El Tiempo*, 18 de septiembre de 1898.

---. *Las fuerzas extrañas*. Arturo García Ramos (Ed.). Madrid: Cátedra, 1996

Mariño, Cosme. *El espiritismo en la Argentina*. Buenos Aires: *Constancia*, 1963 [1932].

Marques, A. "Corroboraciones científicas de la Teosofía". Buenos Aires: *Philadelphia*, 7 de julio de 1899.

Quereilhac, Soledad. "El intelectual teósofo: Leopoldo Lugones en *Philadelphia* (1898-1902)". *Prismas. Revista de historia intelectual*, N° 12, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2008.

---. *La imaginación científica. Ciencias ocultas y literatura fantástica en el Buenos Aires de entresiglos (1875-1910)*. Tesis doctoral defendida en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) el 20 de diciembre de 2010 (mimeo).

Quiroga, Horacio. "Mi cuarta septicemia (Memorias de un estreptococo)". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 398, 19 de mayo de 1906 (Ilustración de Cao)

---. "La ausencia de Mercedes". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 477, 23 de noviembre de 1907.

---. "El retrato". Buenos Aires: *Caras y Caretas* N° 639, 31 de diciembre de 1910.

---. *Diario y correspondencia*, Vol. V de *Obras*. Buenos Aires: Losada, 2007.

---. *Todos los cuentos*. Jorge Lafforgue y Napoleón Baccino Ponce de León (Eds). Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1993.

Rebaudi, Ovidio. "Manifestación a distancia del espíritu de los vivos". Buenos Aires: *Constancia*, 13 de mayo de 1906.

Richet, Charles. "Sobre algunos fenómenos de materialización". Buenos Aires: *Constancia*, *Revista de espiritualismo, psicología y sociología*, 7, 14, 21 y 28 de enero de 1906.

S/f. "El hombre mono, descubierto", *Caras y Caretas*, n° 453, Buenos Aires, 8 de junio de 1907.

S/f. "La última maravilla científica. Los rayos N y N1. Las últimas radiaciones fisiológicas. La luz negra", *Caras y Caretas*, n° 469, Buenos Aires, 28 de septiembre de 1907.

S/f. "Los antepasados ilustres de Zizí – Bamboula", *Caras y Caretas*, n° 530, Buenos Aires, 28 de noviembre de 1908.

S/f. "Un caso de doble personalidad", *Constancia*, Buenos Aires, 13 de diciembre de 1908.

S/f. "Un chimpancé gentleman", *Caras y Caretas*, n° 267, Buenos Aires, 14 de noviembre de 1903.

S/f. "Un misterio psicológico insondable", *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 16 de febrero de 1901.

S/f. "Una comprobación de la teoría de Darwin. Monos que parecen personas y personas que parecen monos", *Caras y Caretas*, n° 145, Buenos Aires, 13 de julio de 1901.

S/f. "Hechos telepáticos", *Constancia*, 2 de septiembre de 1906.

S/f. "Informe de Lombroso sobre casas encantadas", *La Nación*, 20 de julio de 1906.

S/f. "Rayos N", *Constancia*, Buenos Aires, 13 de marzo de 1904.

S/f. "Casas extrañas", *Constancia*, 10 de enero de 1897.

S/f. "El microbio de la fiebre amarilla. Aislado en Buenos Aires", *Caras y Caretas*, N° 37, Buenos Aires, 17 de junio de 1899.

S/f. "Los rayos N", *Constancia*, Buenos Aires, 5 de junio de 1904.

S/f. "Otra víctima de la ciencia", *Caras y Caretas*, n° 91, Buenos Aires, 30 de junio de 1900.

S/f. "Policía espiritista", *Constancia*, 19 de enero de 1908.

S/f. "Rayos N" (de *Annales des Sciences Psychiques*), *La Verdad*, Buenos Aires, 1° de abril de 1906.

S/f. "Una aparición y una casa espiritada", *Constancia*, 31 de marzo de 1901.

S/f. El espiritismo en Buenos Aires. Curiosas fotografías de espíritus materializados", *Caras y Caretas*, n° 308, Buenos Aires, 27 de agosto de 1904.

Sarlo, Beatriz. *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1992.

Scholes, Robert y Eric Rabkin. *La ciencia ficción. Historia, ciencia, perspectiva*, Madrid: Taurus, 1982 [1977].

Veriravé, Alfredo. "El almohadón de plumas. Lo ficticio y lo real". Flores, Ángel (Comp.), *Aproximaciones a Horacio Quiroga*. Caracas: Monte Ávila, 1976, pp. 209-214.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península, 1997 [1977].